

Mis cuentitos
Relatos para niños
Autor: Diversos autores

Esta es una recopilación y adaptación de narraciones para niños. Tiene el propósito de ayudarles a conocer algo de Dios, el Padre y el Hijo. No tiene la pretensión de ser un manual de instrucción religiosa ni un compendio de moral cristiana. Tampoco sustituye el inmenso valor de la lectura de la Palabra de Dios ni la acción de quienes tienen la responsabilidad de guiar a los niños para que conozcan a Dios y al Señor Jesucristo.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Algunas palabras	5
A los adultos	5
A los niños	5
Cuidados incomprensidos	7
¿Quién lavará mi corazón?	8
La picadura de la abeja	9
La recompensa por un vaso de agua	10
La cometa	11
Quisiera ir allá	12
El pedido de una niña.....	14
La pequeña japonesa	15
Esta mañana	16
El oso blanco.....	17
Dar gracias	19
Como un martillo	20
No soy mío	22
La tormenta de nieve	23
El vaso de agua fresca.....	24
¿Dónde está Dios?	25
¿Qué camino?	26
A casa	27
Jesús le ama	28
La falda escocesa	29
La espera	30
La mano herida.....	31
“Debe” y “haber”	32
Una mosca	33
El gran paraguas negro	34
El hijo del capitán	35
El gigante vencido.....	36
No temas	37
¿Conoces el camino al cielo?	38

Si es un niño.....	40
El silbido y el suspiro	41
Un monte echado en el mar.....	42
Yo lo hice	45
El castigo.....	47
Huir	49
Confianza	50
La cabeza de pescado	51
El espejo.....	52
Seguridad	53
Perdidos en la nieve.....	54
Mirar el lado bueno	56
El nombre	57
Antes burro que sacerdote	58
Nunca hay que mentir.....	59
La oración en el supermercado	60

Algunas palabras

A los adultos

Esta es una recopilación y adaptación de narraciones para niños. Tiene el propósito de ayudarles a conocer algo de Dios, el Padre y el Hijo. No tiene la pretensión de ser un manual de instrucción religiosa ni un compendio de moral cristiana. Tampoco sustituye el inmenso valor de la lectura de la Palabra de Dios ni la acción de quienes tienen la responsabilidad de guiar a los niños para que conozcan a Dios y al Señor Jesucristo.

Cuando emprendimos esta tarea conocíamos las dificultades que ella nos depararía. Entre otras, ¿cómo lograr que el argumento, la enseñanza y el lenguaje fuesen adecuados a pequeños cuya capacidad de comprensión y cuyos gustos varían mucho pese a la poca diferencia de edad? Sabemos que ello es prácticamente imposible. Por eso contamos con la insustituible colaboración de los mayores. Si la audiencia está compuesta por niños que aún no se bastan a sí mismos para leer y comprender, la persona que narre podrá optar entre ir aclarando los términos e ideas, a medida que lee, o bien relatar con palabras propias y las acotaciones convenientes.

Recomendamos que el trozo bíblico posterior a cada narración sea comentado e incluso complementado con la lectura de la porción de donde fue extraído.

A los niños

¡Un barco está en peligro! A la derecha e izquierda del canal de navegación hay bancos de arena escondidos bajo el agua a poca profundidad. Cuando una nave choca con esos bancos y queda como clavada en ellos, corre el peligro de ser destrozada por las olas que levanta la tempestad.

Todo va bien si la nave es guiada por un «práctico» (piloto que sabe dónde están los bancos de arena). Él la lleva a buen puerto.

¡Un niño está en peligro! Autos y motocicletas pasan a toda velocidad. De repente se oye el chirrido de frenos. ¿Un niño fue atropellado? No, felizmente un agente de policía está allí. Conoce el reglamento de tránsito. Sabe qué hacer. Espera a los niños que salen de la escuela, detiene el tránsito y los hace cruzar la calzada sin ningún peligro.

¡Tú estás en peligro! No es un banco de arena lo que te amenaza. Tampoco lo es el tránsito. Es un enemigo mucho más grande: el diablo, el enemigo de Dios y de los hombres. Se esconde y espera el momento oportuno para atacarte. No lo ves, pero él te empuja para que hagas cosas malas y peques. Quiere llevarte con él a la perdición.

Este libro habla del mejor Guía: el Señor Jesús, el Hijo de Dios quien bajó del cielo a la tierra. Murió en la cruz. Pero resucitó, y ahora vive en el cielo, junto a Dios, el Padre. Él quiere ayudarte, desea ser tu guía. Si confías en él, te ayudará a través de todos los peligros de la vida. Te señalará el buen camino, el camino de la felicidad y te guiará hasta que llegues a la casa de Dios, al cielo.

Cuidados incomprensidos

Al subir a un vagón de ferrocarril, uno de nuestros amigos halló a todos los pasajeros muy nerviosos. Un hombre llevaba en sus rodillas a una hermosa nena de unos dos años de edad. La pequeña tenía sueño y lloraba, pues apenas se adormecía, el padre la sacudía fuertemente y la obligaba a mantenerse despierta. Esta escena continuó repitiéndose largo rato hasta que una señora no aguantó más y se enojó con el padre. Lo trató de bárbaro y muchas cosas más. Los otros pasajeros hicieron lo mismo.

Sin embargo, el padre respondió amablemente: –Es necesario que mantenga a mi hija despierta; bebió veneno y vamos a ver al médico. Si la dejara dormir se moriría.

Naturalmente, con esta respuesta, todos comprendieron lo que sucedía.

Dios, nuestro Padre, hace con nosotros, sus hijos, algo parecido. A veces permite que ocurran cosas que nos molestan o duelen. ¿Para qué? Para que nos demos cuenta de que estamos haciendo algo malo y que no debemos quedarnos tranquilos hasta sacar ese veneno.

“ Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo
(Efesios 5:14).

¿Quién lavará mi corazón?

Para enseñar a su hija que el pecado es una cosa sucia, una madre tenía la costumbre de hacerle lavar la boca cada vez que esta mentía. Al mismo tiempo le explicaba que esas cosas malas que salían de su boca venían de su corazón malo, el cual necesitaba ser limpiado.

Cierto día en que la niña había vuelto a mentir y su boca había sido lavada, la pequeña estuvo largo tiempo triste y callada. Luego, con lágrimas en los ojos, le dijo a su madre: –Mamá, me hiciste lavar la boca, pero ¿quién lavará mi corazón?

Es cierto, ella comprendía que el agua con la cual se lavaba la boca no podía alcanzar el corazón ni tampoco limpiarlo. No obstante, existe un medio por el cual podemos ser limpios: debemos acudir al Señor Jesús, contarle todo lo malo que hemos hecho y pedirle que nos perdone; pues él murió para borrar nuestros pecados con su sangre. Esto fue lo que la madre explicó a su hija; enseguida la niña se arrodilló y pidió al Señor Jesús que lavara sus pecados y limpiara su corazón. Luego se levantó segura de que el Señor Jesús la había perdonado. En su corazón fue creciendo, en vez de lo malo, el amor hacia su Salvador.

“ Lávame, y seré más blanco que la nieve
(Salmo 51:7).

La picadura de la abeja

¿Sabías que la abeja, después de picar, muere porque su aguijón queda prendido donde ha picado?

Pues bien; un niño jugaba alegremente en el umbral de la puerta de su casa. De repente, una abeja se le acercó y empezó a volar a su alrededor con la intención de picarle. El pequeño, al espantarla, hacía que la abeja se enojara cada vez más. Al final, corrió y se echó en los brazos de su madre. Esta lo protegió cubriéndole con su cuerpo. Entonces, la abeja furiosa, la picó en un brazo. La madre contuvo un grito de dolor y, al ver cómo la abeja caía casi muerta, soltó al niño, diciéndole: –La abeja me picó. Ya no puede hacerte daño.

El diablo es tu enemigo y te persigue para hacerte mal. Solo podrás librarte de él si te refugias en los brazos del Señor Jesús. Él fue herido en tu lugar; el diablo no puede hacerte daño si estás protegido por Jesús. Confía en él.

“ El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos
(Deuteronomio 33:27).

La recompensa por un vaso de agua

La pequeña Alicia había aprendido de memoria el versículo que dice: “Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente..., de cierto os digo que no perderá su recompensa”. Entonces pensó: –Ya que el Señor Jesús quiere que demos un vaso de agua fresca a la gente, cuando yo vaya a buscar agua a la fuente, siempre llevaré conmigo un vaso y ofreceré de beber a las personas que pasen por allí.

Un día, mientras sacaba el agua, vio llegar a un hombre bastante viejo, barbudo y de cara triste, lo que la asustó mucho. Sin embargo, fue hacia él y le dijo: –Señor, tal vez usted esté cansado y tenga sed. Tome este vaso de agua de parte del Señor Jesús. El hombre quedó sorprendido. No dijo una sola palabra, tomó con muchas ganas el agua y se fue. Unas lágrimas corrían por su rostro.

Los años pasaron. Alicia creció y llegó a trabajar en un hospital. Debía atender a los enfermos y, además, les leía la Biblia. Una noche preguntó a algunos enfermos cómo habían conocido al Señor Jesús. Un hombre muy anciano empezó a contar su historia:

–Hace años me sentía muy solo y triste. Por eso quería quitarme la vida. Cuando iba a hacerlo, pasé junto a una fuente. Allí una niña me ofreció un vaso de agua «de parte del Señor Jesús». Entonces supe que yo no estaba solo: mi Salvador estaba conmigo y se preocupaba por mí.

Alicia estaba muy sorprendida y contenta: ¡ella había sido usada por Dios para que ese hombre conociera al Salvador! El anciano rebosaba de alegría al ver nuevamente a la que no solo le había salvado la vida en este mundo sino que también le había guiado a la vida eterna.

Sí, todo lo que se hace por amor al Señor tiene valor a los ojos de Dios. Nunca digas: –Soy muy pequeño para hacer algo para él.

Todas vuestras cosas sean hechas con amor

“

(1 Corintios 16:14).

Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros

“

(Efesios 5:2).

La cometa

Un niño jugaba con una cometa. El juguete subía, volvía a bajar un poco, luego trepaba aun más rápidamente según soplaba el viento. De repente, oculto por una nube, no se lo vio más.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó una persona que pasaba por el lugar.

–Juego con mi cometa.

–¿Cómo? ¿Una cometa? No la veo, y tú tampoco.

–No la veo, pero la siento. Y mostró el hilo que tiraba fuertemente de su mano.

Esto es similar a quienes preguntan: «¿Dónde está Dios?» Él está con nosotros aunque el mundo no lo vea. Siempre está con nosotros, día y noche. Su mirada nos guía, su brazo nos protege, él nos lleva de la mano. Le contamos nuestras penas y alegrías, él escucha lo que le pedimos. Nos habla a través de su Palabra, la Biblia. Si nos reprende, lo hace porque nos ama y desea que goce-
mos más de Él.

Así como el viento a veces sopla fuerte, nosotros también tenemos, de vez en cuando, cosas que nos molestan o duelen. Entonces parece que una nube nos tapara el cielo. Pero, como si hubiera un hilo que nos uniese a Dios, le sentimos y sabemos que él está con nosotros para calmarnos y cuidarnos.

Yo estoy con vosotros todos los días

“

(Mateo 28:20).

Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque

“

ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso

(1 Pedro 1:8).

Quisiera ir allá

Cierta noche, el pequeño Alfredo volvía a su casa tiritando de frío. Al llegar, su madre le preguntó:

–¿Encontraste algún trabajo hoy?

–No, nada.

–Entonces ¿no has comido desde esta mañana?

Alfredo no contestó. Después de un rato preguntó:

–Mamá, ¿quién es Dios?

–Hijo mío, ¡qué pregunta me haces! Será mejor que vayas a acostarte.

Alfredo se levantó, besó a su madre y se acostó en su humilde cama. La mujer quedó sola y pensativa. Cuando era niña había oído hablar de Dios, pero después lo olvidó y no se ocupó más de él.

A la mañana siguiente, Alfredo llevó el trabajo de costura hecho por su madre al negocio para el cual ella trabajaba. Una vendedora lo recibió y lo pagó agregando: –Dile a tu madre que no hay más trabajo para ella.

Muy triste, Alfredo regresó a su hogar. Al pasar frente a una casa vecina, oyó música. Se acercó y escuchó un cántico que decía:

Ni pecados, ni llanto, ni duelo,
ni pesar ninguno habrá
en la casa de Dios, en el cielo.
Vivir por siempre allí ¿qué será?

Sin pensarlo dos veces, llamó a la puerta.

–¿Puede decirme qué es el cielo del cual habla su canto? –preguntó a la criada que salió a atenderle.

La muchacha, sorprendida por la pregunta, llevó al niño hasta donde estaba la dueña de casa. Esta señora le habló de Dios, le explicó que él había enviado al Señor Jesús, su propio Hijo, a este mundo para que todo pecador que creyera en él se salvara y pudiera vivir para siempre con Dios. También le habló de cuánto había sufrido el Señor Jesús en la cruz, cómo entregó su vida y luego resucitó de entre los muertos, cómo subió al cielo, donde ahora está con Dios.

–Yo también quiero ir allá –dijo el niño.

–Cree en el Señor Jesucristo y un día podrás hacerlo.

–Tengo que contar esto a mamá.

–Espera –agregó la señora, quien, viendo la pobreza del niño, le preparó un paquete con ropa y otro con comida.

Alfredo corrió a su casa. Contó la visita a la señora y cómo ella le había hablado del Señor Jesús.

–¡Mamá! ¡Ahora lo sé todo! Él también era pobre. Me ama y te ama.

Poco después, debido a su desnutrición, Alfredo cayó enfermo para no levantarse más. El último día de su corta vida recibió la visita de la vecina creyente.

–Ya sabía que usted vendría a verme. Hace poco yo no conocía nada del Señor Jesús ni del cielo. Ahora me estoy acercando y sé que voy a ver a Jesús.

“

Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo él rico, por vuestra causa se hizo pobre, para que vosotros, por medio de su pobreza, llegaseis a ser ricos

(2 Corintios 8:9, V. M.).

El pedido de una niña

Una joven viuda no había podido pagar el alquiler de su casa. El dueño la amenazó con echarla si no pagaba enseguida. Como la mujer ganaba muy poco dinero, le pidió que esperara un poco más, pero él no quiso. Desesperada se puso a llorar; entonces su hija de cinco años de edad le dijo:

–¡Mamá! ¿Dios no es rico?

–Sí, querida.

–Siendo así, ¿puede él ayudarnos?

–Sí, él puede hacerlo.

–Entonces ¿por qué lloras? Yo voy a orar para que nos ayude.

La niña se arrodilló y suplicó: «Señor Jesús, te llevaste a mi papá. Mamá no tiene más dinero y el dueño de la casa quiere echarnos. Por favor, préstanos otra casa». Luego se levantó, abrazó a su madre y le dijo:

–No llores más; el Señor nos ayudará.

Y efectivamente, Dios ayudó por medio de unos amigos creyentes quienes les consiguieron otra casa.

Confiemos en el poder y el amor de Dios. Él siempre escucha nuestras oraciones. Si nos da lo que le pedimos, es porque considera que eso es bueno. Si no lo otorga, es porque sabe que eso no nos conviene.

“ Ten misericordia de mí, y oye mi oración. En paz me acostaré, y así mismo dormiré; porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado (Salmo 4:1 y 8).

La pequeña japonesa

Hace algunos años, un japonés fue condenado por haber cometido muchos crímenes. Una niña de once años de edad, hija de creyentes, deseaba hacer algo para su Salvador. Cuando oyó hablar de la condena del criminal, empezó a orar por él; luego pidió a sus padres que le dieran un tratado cristiano para mandarlo al hombre castigado. Este, al recibirlo, se sintió muy conmovido por la preocupación de la niña y decidió leer el tratado. Esa lectura hizo mucho bien a su alma. El hombre reconoció que era culpable, se arrepintió de lo malo que había hecho y recibió a Cristo como su Salvador. Supo que la sangre derramada por Jesús en la cruz le lavaba de todos sus pecados. También se sintió muy feliz al saber que pronto iría al cielo para estar siempre con el Señor Jesús. Después escribió a la niña una carta en la que le decía: «Viven millones de personas en el Japón, pero fuiste la única que pensó en mi alma, y ahora soy salvo».

¿No fue este un hermoso trabajo por medio del cual el Señor ganó un alma?

Vuestro trabajo en el Señor no es en vano

“

(1 Corintios 15:58).

Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará

“

(Juan 12:26).

Esta mañana

Un niño de seis años de edad acababa de morir. Sus padres sollozaban junto a la cama en la cual estaba el cuerpo. De repente, se presentó un vecino quien deseaba ver al niño. Era un albañil al que apenas conocían. Cuando el hombre vio el cuerpo sin vida, rompió a llorar amargamente. –¡Ah –dijo entre sollozos–, no saben ustedes todo el bien que me hizo este pequeño! ¡Dios lo usó para salvar mi alma!

Después de calmarse, les contó: –Un día, yo había subido a un techo por medio de una larga escalera. En ese momento su hijo pasó cerca de mí y me dijo: «¿No tienes miedo de subir allá arriba?» Enseguida agregó: «¡Ah! Ya sé por qué no tienes miedo: has hecho tu oración esta mañana». Hacía mucho tiempo que yo no oraba. Pero desde aquel día nunca dejé de hacerlo. Reconocí ante Dios que yo era pecador y recibí el perdón de todos mis pecados por medio de la sangre de Jesús. Desde entonces mi vida cambió.

Amigo: ¿hiciste tu oración esta mañana? ¿Le pediste a Dios que te guiara todo el día, que cuidase a los que amas, que salvara a quienes no conocen al Señor Jesús?

“ Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y él oirá mi voz
(Salmo 55:17).

El oso blanco

Hace muchos años, una familia de Inglaterra recibía de vez en cuando la visita de un misionero, es decir, de un siervo de Dios, quien trabajaba en el Labrador, un lugar donde hace tanto frío que la tierra y parte del mar están cubiertos de hielo. Este hombre acostumbraba contar muchas cosas del país en el que obraba llevando almas al Salvador. Todos los niños de la casa lo escuchaban con interés; Fred era el más atento. Después de la última visita del misionero, Fred decidió no olvidarlo en sus oraciones. Lo que más le había llamado la atención eran los animales peligrosos que vivían en el Labrador; por eso todas las noches, al acostarse, Fred no dejaba de pedir: «Señor Jesús, cuida a nuestro amigo y no permitas que los osos blancos le hagan daño».

Noche tras noche, el pequeño repetía su pedido a Dios. Pasó un año. El padre de Fred escribió al misionero para contarle cuál era la gran preocupación de su hijo, y le preguntó si alguna vez se había encontrado frente a un oso blanco. Después de un tiempo llegó la respuesta. Hasta entonces el misionero nunca se había visto frente a un oso blanco; no obstante, rogaba al pequeño que siguiera pidiendo al Señor que lo protegiera.

Poco después el misionero viajó a un lugar lejano, donde vivía un grupo de creyentes deseosos de conocer mejor la Palabra de Dios. Se embarcó en una canoa con dos remeros. Al principio todo anduvo bien; pero, de repente, se hallaron frente a un enorme oso blanco, el cual estaba sobre una roca junto al canal por donde ellos debían pasar.

—Patrón —preguntaron los remeros— ¿no sería mejor que volviéramos atrás? Si esa bestia se tira al agua volcará la canoa y nos destrozará.

El misionero dudó un rato, pero finalmente dijo: —No, no huiremos. Desde hace más de un año un niño, amigo mío, pide al Señor que me proteja de los osos blancos. Y Dios lo hará.

Siguieron adelante tratando de pasar por la orilla más lejana a la roca en que se hallaba el oso. Pero la bestia dio un salto formidable, se echó al agua y nadó hacia la canoa. Uno de los remeros estaba armado; apretó dos veces el gatillo y una de las balas hirió al animal. El oso, rugiendo de dolor, buscó llegar a la orilla. Cuando lo consiguió, un nuevo tiro del fusil acabó con su vida.

Este suceso fue muy sorprendente, pues lo más común es que los osos, cuando se sienten heridos, se echen sobre sus atacantes y no se vuelvan atrás. Si el misionero y sus acompañantes se salvaron, fue porque Dios había escuchado las oraciones de un niño, quien desde muy lejos oraba sin cesar por la protección del siervo de Dios.

Una de las patas del oso fue embalsamada y enviada a Fred junto con una carta del misionero. Fred es ahora un hombre adulto que sigue orando fervientemente. ¿Haces tú lo mismo?

“ También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar (Lucas 18:1).

Dar gracias

Pedro, un niño de ocho años de edad, había ido a visitar a su tío, un creyente que siempre daba gracias a Dios antes de comer y acostumbraba leer la Biblia y arrodillarse con su familia para orar antes de acostarse. Todo esto le causó gran impresión a Pedro, quien se preguntó por qué su padre no hacía lo mismo. Cuando volvió a casa, durante el desayuno dijo:

–Papá, el tío siempre ora antes de comer. Dice que quiere agradecer a Dios lo que recibe de él. Yo le dije que tú trabajas para darnos los alimentos y que mamá los prepara. ¿No es cierto, papá, que no es Dios quien nos da la comida?

El padre, dudando, le contestó: –Pienso también que Dios nos da lo que necesitamos.

Sorprendido, el niño dijo: –Papá, me alegro de que Dios no sea como tú; de otra manera no recibiríamos la comida y moriríamos de hambre.

–¿Por qué dices eso, Pedro?

–Ayer no le quisiste dar una manzana a mi hermanita porque ella no te decía «por favor». Si Dios fuera así, no recibiríamos nada, pues nunca se lo pedimos ni le damos gracias.

–Cállate –contestó el padre muy molesto.

El hombre se fue al trabajo, pero durante el día no pudo olvidar la conversación. Para sorpresa de toda la familia, esa noche, antes de la cena, dio gracias a Dios por los alimentos y le pidió que los bendijera. Pero sucedió algo más maravilloso todavía: pidió a Dios que le perdonara sus pecados. Después también le dio gracias por haber empleado a Pedro para mostrarle el buen camino.

Si el Señor Jesús –creador del cielo y de la tierra– dio gracias a Dios por el pan y los peces, ¡cuánto más debemos hacerlo nosotros!

¡Gracias a Dios por su don inefable!



(2 Corintios 9:15).

Como un martillo

Un misionero –es decir, un creyente que trabaja en lugares apartados para hablar de la obra del Señor Jesús– cumplía su tarea entre unos indígenas. A pesar de sus enseñanzas, no conseguía que ellos se reconocieran pecadores. Cierta día, mientras hablaba con algunos chicos de la tribu, les preguntó:

–¿Ustedes creen que nunca hacen nada malo?

Todos levantaron un dedo. Cuando les preguntó qué quería decir ese dedo alzado, respondieron:

–Nuestro comportamiento es tan recto como nuestro dedo.

El misionero sabía que mentían muy seguido, así que les preguntó:

–La mentira ¿es algo bueno?

–No –respondió uno de ellos–; mentir es malo.

–¿No mentiste nunca? –le preguntó el misionero. De nuevo vino la rápida contestación:

–¡No!

Los otros también aseguraron que no robaban, ni peleaban, ni envidiaban, ni se enojaban. Todos se creían muy buenos.

El misionero les dijo que se alegraba de que fueran chicos tan buenos, pero él mismo se acusó de hacer algunas cosas que no debía. Esta verdad les hizo ver que ellos mentían. Se miraron y, de repente, uno le dijo a otro:

–Acabas de decir que nunca robaste, pero ayer robaste maíz.

–Y tú –contestó el acusado– dijiste que no mentías, pero mientes todos los días.

Así se echaron en cara todo lo malo que hacían. No reconocían su propia culpa; solo veían la de sus compañeros.

Entonces el misionero les preguntó:

–¿Cómo saben que es malo robar o mentir?

Uno de ellos, mostrando su pecho, dijo:

–Mi corazón me lo dice. Cuando hago algo malo, golpea aquí dentro como un martillo.

–¿Ves? –dijo el misionero– esa es la voz de Dios diciéndote que estás actuando mal.

Como esos niños indígenas, muchas personas ven el pecado... pero solo en los demás. Esconden el mal que hacen ellos mismos, pero Dios lo ve todo. Al él no se puede mentir.

“ ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?
(Lucas 6:41).

“ ¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?
(Jeremías 23:29).

No soy mío

Un día, la pequeña Susy dijo a su padre:

–Quisiera dar algún dinero para el servicio de Dios, pero no tengo nada.

–Dios no espera que le des lo que no tienes –contestó su padre. Pero hay otras cosas que puedes hacer, mira...

Tomó un libro de su biblioteca e hizo que Susy leyera un pasaje en alta voz: «Hoy fui a Dios y me entregué a él. Todo lo que soy y lo que tengo es suyo. Ya no soy mío. No tengo derecho a este cuerpo, a estas manos, a estos pies, a esta lengua, a estos ojos, a estos oídos. Me entregué a él».

–Estas son palabras escritas hace mucho tiempo por un hombre que ahora está en el cielo –dijo el padre–. ¿Ves, Susy, qué es lo que tienes y puedes dar a Dios?

La niña no dijo nada. Miró sus manos, luego sus pies. Al fin exclamó:

–No creo que Dios los quiera.

Su padre le respondió:

–Él los quiere y ahora está mirando para ver si estás dispuesta a dárselos. Si le das tus manos, las usarás únicamente para hacer cosas buenas y no dejarás que se lleven cosas que no son tuyas. Si le das tus pies, nunca permitirás que te lleven adonde no debes ir. Si le entregas tus ojos, no mirarás lo que a él no le guste. Si le das tu lengua, no le permitirás decir cosas desagradables o mentiras. He dejado lo más importante para el final: tu corazón, debes dar tu corazón a Dios. Así serás toda de él y no querrás guardar nada para ti.

Dame, hijo mío, tu corazón

“

(Proverbios 23:26).

La tormenta de nieve

Por una estrecha carretera, un ómnibus transportaba a un grupo de escolares, quienes iban de vuelta a sus casas. La tormenta de nieve era cada vez más fuerte; tan fuerte llegó a ser que en cierto momento, la vía quedó completamente tapada. El ómnibus se salió del camino y sus ruedas quedaron hundidas en la nieve y el barro. El conductor decidió ir a pie hasta el cruce de caminos, donde había una cabina telefónica, a fin de pedir ayuda. Antes de partir les pidió a los niños que se quedaran dentro del ómnibus.

Los chicos aprovecharon el tiempo para hacer sus deberes escolares y después se divirtieron un rato, hasta que sintieron mucho frío. Tenían hambre y sed. Se hacía de noche. Los niños más pequeños se pusieron a llorar. Los mayores contaron historias para calmarlos. Santiago, uno de los pequeños, pensaba en sus padres, quienes seguramente se sentirían preocupados. Sin embargo, con mucho valor y confianza empezó a cantar:

¡Qué importan mis pocos años!
Soy un cordero del buen Pastor.
Yo pertenezco al feliz rebaño
que él siempre cuida con gran amor.
Sé que me guarda de todo extraño
mi adorable Salvador.

Con voz clara, Santiago repitió la canción varias veces y muy pronto los demás se le unieron. ¡Qué ánimo les dio! Ya no se sentían solos, pues Santiago les había explicado que el buen Pastor era Jesús, el Amigo de los niños.

Entre tanto, el conductor había llegado a la cabina telefónica, pero la línea estaba cortada. Después de horas de inquietud, oyó que se acercaba la máquina usada para quitar la nieve. Guió a los operarios de la máquina hasta el ómnibus; pero nada podía hacerse hasta que parara de nevar. Afortunadamente habían traído mantas y alimentos. Esa fue verdaderamente una larga noche para los niños, aunque, gracias a Dios, habían comido y entrado en calor.

Santiago cantó varias veces más su cántico, ya sabido de memoria por todos. Después nadie lo olvidó, y al cantarlo, más de un corazón sintió que amaba al Señor.

“ Yo soy el buen Pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen
(Juan 10:14). ”

El vaso de agua fresca

Hacía muchas horas que un hombre trabajaba a pleno sol. Cuando su pequeño hijo se dio cuenta de ello, corrió a la cocina, llenó un vaso de agua fresca y lo llevó a su padre, diciéndole:

–Papá, te he traído algo fresco para beber.

Cuando el hombre recibió el vaso de mano de su hijo, vio cómo los sucios dedos del chico pasaban por sobre el borde del vaso y tocaban el agua, haciendo que un hilito de suciedad corriera por la bebida. Sin embargo, tomó el vaso y de un golpe bebió toda el agua. Luego le dio gracias y le palmeó el hombro cariñosamente. Se había fijado en el amor del pequeño y no en la suciedad del agua.

Así hace Dios. Él mira nuestros corazones y no nuestro pobre comportamiento para complacerle. Él sabe que somos débiles y aprecia lo que hacemos por él, por poco e inútil que parezca.

Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio

(Salmo 51:10).



¿Dónde está Dios?

Los chicos salen de la escuela dominical. Acaban de aprender que Dios es «omnipresente», es decir, que está en todas partes.

En la calle se encuentra un hombre a quien el alegre grupo llama la atención.

–¿De dónde vienen ustedes? –pregunta a uno de los chicos.

–De la escuela dominical.

–¡Ajá...! –dice el forastero–, entonces, te voy a hacer una pregunta.

El hombre mete la mano en su bolso, saca una naranja y añade:

–Será tuya si me dices dónde está Dios.

El chico, sin ningún temor, lo mira divertido y, recordando lo que acaba de aprender acerca de Dios, le responde:

–Y yo le daré a usted dos naranjas si me dice dónde no está Dios.

Sorprendido, el hombre baja su mano. –¿Dónde no está Dios? –repite, mirando con grandes ojos al niño.

Este, respirando profundamente, le da la respuesta que acaba de oír de su maestra de la escuela dominical:

–Dios no está en el corazón de los que no creen en él.

Entonces el hombre saca de su bolso una segunda naranja, da las dos al chico y se aleja pensativo.

Dios puede estar en todas partes, pero solo puede habitar en el corazón de sus redimidos.

“ ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?
(1 Corintios 3:16).

¿Qué camino?

Una niña fue por primera vez a la escuela dominical. Volvió a su casa muy entusiasmada por lo que allí había oído. Cuando la familia estuvo sentada a la mesa, ella preguntó a su padre:

—¿Papá, amas tú al Salvador?

El padre no quería saber nada de Dios ni de su Palabra; por lo que contestó de malhumor:

—Seguramente tu madre o tu tía te enseñaron eso.

—No —respondió la pequeña—, el maestro de la escuela dominical dijo que todos los que creen en el Señor Jesús son salvos. Ahora dime, papá: ¿Amas al Señor Jesús?

El padre le respondió bruscamente:

—Si quieres, ve con tu madre y tu tía, pero déjame en paz. Deseo andar mi propio camino.

La niña miraba asombrada. Él nunca le había hablado con tono tan malhumorado y seco. Se quedó callada durante un rato y luego le preguntó:

—Papá, ¿por qué camino andas?

Esta pregunta tocó el corazón del hombre y lo dejó muy pensativo. Las palabras de su hija le perseguían. Finalmente, ellas le obligaron a arrodillarse y pedir a Dios su misericordia. Así halló perdón y paz.

“

Muéstrame, oh Jehová, tus caminos; enséñame tus sendas. Encámíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación
(Salmo 25:4-5).

A casa

Anita se había portado muy mal por lo que fue castigada; pero no quería reconocer que merecía el castigo y dijo:

–Ustedes son malos padres. Quisiera irme de aquí y buscar otro papá y otra mamá.

Su padre le contestó tranquilamente:

–Está bien, Anita, si así piensas, búscate otros padres. Ponte tu abrigo y vete.

Llevada por su obstinación, Anita tomó el abrigo y se dispuso a partir, pero ¿adónde podía ir? No tenía dinero ni conocía a nadie. Triste, bajó la escalera, salió a la calle y caminó hasta el cruce de vías. ¿Adónde ir? Entonces, sollozando, se sentó en el pasto al borde del camino. Se sentía sola, desamparada, y creía que nadie la quería.

Pero su padre la había seguido sin perderla de vista ni un momento. Ella lloraba, creyéndose abandonada por el mundo entero. De repente sintió que dos fuertes brazos la rodeaban. ¡Su querido papá! No parecía enojado. Entonces pudo decirle cuánto sentía haberse portado mal y le susurró al oído:

–¿Quieres perdonarme? ¿Puedo volver a casa?

Un suave beso en la frente y un fuerte abrazo fueron la respuesta.

Volvieron a casa tomados de las manos. Luego el padre pensó: Muchos hombres y mujeres se comportan con Dios de la misma manera que lo hizo Anita. No entienden su bondad. Le creen duro e injusto. Por eso le dan la espalda y se alejan cada vez más de él. Pero Dios los ama y espera que ellos reconozcan su error y se vuelvan a él. Quiere perdonarles y recibirles con los brazos abiertos. Desea ser su Padre y que ellos sean sus hijos, para que estén siempre en su casa junto a él.

¿Le amas tú?



Dios es amor... Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero (1 Juan 4:16 y 19).

Jesús le ama

Cierta día, una niña estaba con su padre en el andén de una estación de ferrocarril cuando un criminal fue llevado allí, esposado.

El hombre parecía muy duro y tenía un aspecto tan aterrador que nadie se animaba a acercársele.

La pequeña observó la escena por un momento y luego, sin llamar la atención, se dirigió hacia el hombre y le dijo: –Siento mucha lástima por usted.

Por toda respuesta, recibió muchos insultos, lo que la hizo huir espantada. Pero un momento más tarde volvió adonde estaba el hombre y le dijo: –Señor, Jesucristo lo ama.

Asombrado, el prisionero no supo qué decir. Luego el tren llegó a la estación y los pasajeros subieron a él. El hombre fue llevado a la prisión y la niña volvió a su casa.

Pasaron los años. Un día, durante una reunión en la que se hablaba del Señor Jesús, el prisionero, quien ya estaba libre, contó cómo las palabras de una niña habían llegado a su corazón y lo atormentaron hasta el día en que se volvió hacia Jesucristo. Había rechazado el amor de una niña, pero el amor del Señor Jesús lo venció.

Seamos también nosotros, para con todos los hombres, mensajeros del amor de Jesús.

“ ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!
(Romanos 10:15).

La falda escocesa

Un misionero que trabajaba en África deseaba comprar un terreno para edificar una sala de reuniones. Habló de este deseo a sus amigos de la ciudad en donde había nacido. Entonces algunas señoras tuvieron la idea de hacer distintos objetos y venderlos para juntar dinero a fin de poder comprar el terreno.

Una creyente anciana y muy pobre también participó en dicha obra. Primero oró para pedir a Dios que la ayudara en esa tarea. Luego recordó que había guardado retazos de géneros de muchos colores. Quizá podría hacer con ellos una colcha o una falda escocesa. Al fin decidió hacer la falda. La confeccionó lo mejor que pudo, a pesar de sus ojos ya cansados. Luego la puso en venta, pero nadie la compró. Unas personas la veían muy chillona. Otras pensaban que las puntadas eran muy grandes.

El dinero conseguido durante esta campaña fue muy poco para comprar el terreno; no obstante, le fue enviado al misionero junto con la falda y la demás ropa que no había sido vendida.

Cuando llegó el paquete, el misionero puso la ropa en venta. El jefe de la tribu indígena pasó por allí y lo único que le gustó fue la falda escocesa.

—Si usted me da esa hermosa falda —le dijo al misionero— le daré en cambio el terreno que usted desea.

¡Qué valor tiene para Dios todo lo que se hace para él! Dios se había guardado la falda para aprovecharla bien.

Amiguitos, no piensen que ustedes son muy chicos o poco inteligentes para hacer algo para el Señor. Recuerden que él dijo:

“ Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará
(Mateo 6:4).

“ Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor...; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís
(Colosenses 3:23-24).

La espera

Aquella mañana fui a la panadería. En la calle, detrás de mí, una voz clara y alegre me llamó la atención. Un chico de seis o siete años, sin preocuparse por lo que pensara la gente, cantaba una cancioncita seguramente inventada por él. Eran solo tres palabras repetidas: «¡A las diez... a las diez...!» Como él también iba a comprar pan, le dije:

–Parece que estás muy contento. ¿Qué sucederá a las diez?

–Mamá volverá del hospital. Estuvo allí tres meses, pero ahora está curada. Papá irá a buscarla y la traerá de vuelta a casa a las diez.

Sus ojos brillaban de contento. Un momento después, con su pan bajo el brazo, salió de la panadería entonando nuevamente su cancioncilla: «¡A las diez... a las diez...!»

Parece algo sin importancia, pero... ¡qué gran enseñanza! ¿Esperamos con alegría la vuelta del Señor Jesús? No sabemos el día ni la hora en que volverá; pero, si le amamos, al pensar en su vuelta habrá un canto en nuestros corazones, y todos los que nos rodean se darán cuenta.

“ Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!... El Señor está cerca (Filipenses 4:4-5).

La mano herida

Un edificio ardía en llamas. En la calle, la gente observaba aterrorizada y se preguntaba cómo habría empezado el incendio. De repente, en medio de las llamas, por una ventana del primer piso apareció un pequeño gritando espantado. Dixon, un joven que pasaba por el lugar, al ver al chico, no lo pensó dos veces: entró al edificio y un momento después salió con el niño en brazos, pero también con una mano horriblemente quemada.

Freddy –el niño salvado– quedó solo pues toda su familia murió en el incendio. Ahora ¿quién cuidaría de él? James Lovatt y su esposa, una pareja muy conocida por su vida ejemplar, querían adoptarlo como hijo suyo. Sin embargo, Dixon también se presentó queriendo hacerse cargo del huérfano. Sus condiciones le eran desfavorables: era soltero y no creía en Dios. Entonces, ¿quién haría el papel de madre y quién le enseñaría a conocer a Dios? Cuando se le preguntó a Dixon qué podía decir en su favor, solo mostró su mano quemada. Esas llagas demostraban que él había arriesgado su propia vida para salvar la del niño. Esto era suficiente. Freddy le fue entregado para que lo cuidara como hijo suyo.

Un día, los dos, padre e hijo, visitaron una exposición de cuadros. Allí vieron uno que mostraba a Jesús cuando le dice a Tomás: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos” (Juan 20:27).

–Papá, cuéntame esa historia.

–No, hijito; esa no; es una historia en la que no creo.

–No importa; cuéntamela.

Y el padre se la contó.

–¡Oh, papá!, es como tú y yo. Me muestras tu mano y sé cuánto me amaste.

Dixon guardó silencio, pero las palabras de Jesús le perseguían: “Mira mis manos... y no seas incrédulo, sino creyente”.

Luego sucedió algo maravilloso que nadie habría esperado: esa misma noche Dixon pudo contestar, como Tomás: “¡Señor mío, y Dios mío!”.

“ Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados
(Isaías 53:5).

“Debe” y “haber”

Cierto día, una madre recibió de su hijo de nueve años de edad esta cuenta:

«Mamá debe a Santiago:

Por haber lavado los platos: 15 \$

Por haberme portado bien en clase: 20 \$

Por haber barrido la cocina: 10 \$

Por haber paseado a mi hermanito: 15 \$

Total: 60 \$»

Al día siguiente, Santiago encontró a su vez, además de los 60 \$, esta cuenta:

«Santiago debe mamá:

Por haber recibido buena ropa para el invierno: nada

Por sus libros de estudio: nada

Por el amor con el cual lo ha rodeado desde hace nueve años: nada

Total: nada»

¡Cuántas quejas y reclamos como los de ese niño se hacen hoy en el mundo! «Si hubiera Dios, me daría tal cosa, me evitaría tal dificultad...» Así habla la gente a menudo. Olvidamos que él nos amó y dio a su Hijo para salvarnos y darnos la vida eterna; además, nos ha dado todo lo que tenemos. Si olvidamos a Dios, quien nos creó, y hacemos todo sin acordarnos de él, si no pensamos en darle gracias, somos culpables de una ingratitud más grande que la del niño de nuestra historia.

“

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna

(Juan 3:16).

Una mosca

Cierta vez, un siervo del Señor predicaba en una ciudad de Irlanda. Allí vivía un hombre que no quería saber nada de la Palabra de Dios. Sin embargo, le gustaban los himnos y cánticos. Por eso se presentó en el lugar donde hablaba aquel siervo. Para no oírle se tapaba los oídos con las dos manos y solo se los destapaba cuando entonaban algún cántico.

Pero Dios quería que ese hombre oyera su Palabra; por lo tanto, hizo que una mosca se parara en su nariz. Le causó tanta molestia que quiso rascarse. Para hacerlo tuvo que sacar una mano de su oído, y justo en ese momento el predicador leía en la Palabra lo que dijo el Señor Jesús: “El que tiene oídos para oír, oiga”.

Fue tan grande su sorpresa que no pudo hacer otra cosa que seguir escuchando. Esas palabras no se apartaban de su mente; así, pues, continuó yendo a todas las reuniones en que habló aquel siervo, hasta que conoció bien al Señor Jesús y lo recibió como su Salvador.

¿Escuchas tú cuando se lee la Palabra de Dios? Si te distraes, es lo mismo que si te taparas los oídos. Oye con atención, escucha, y así tú también conocerás al Señor Jesús, quien te ama y quiere que seas salvo.

Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde

“

(Isaías 50:5).

María..., sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Jesús dijo...

“

María ha escogido la buena parte
(Lucas 10:39 y 42).

El gran paraguas negro

Un año en que los campos de Inglaterra sufrían una larga sequía, algunos campesinos cristianos decidieron reunirse con el fin de orar especialmente para que el Señor enviara la lluvia tan necesaria.

El día fijado cada uno se dirigió al lugar de reunión. La pequeña María llegó llevando un paraguas negro casi tan grande como ella.

—Pero, María, ¿por qué traes ese paraguas en un día tan lindo como hoy?

Sorprendida, la niña contestó:

—¿Acaso no vamos a pedir a Dios que mande lluvia?

Poco después, comenzó la reunión. Mientras todos estaban arrodillados, empezó a soplar el viento y el cielo se llenó de nubes oscuras. De repente se desató la tormenta junto con una fuerte lluvia.

María fue la única que no se sorprendió por la rápida contestación de parte del Señor.

Esa confianza que tenía María también se llama fe. La Palabra de Dios dice que se debe pedir con fe, no dudando nada (Santiago 1:6).

Una vez, se le preguntó a una chica: —El Señor Jesús ¿contesta a tus oraciones? Ella respondió con una sonrisa:

—Sí, siempre contesta. A veces me dice: Sí; otras: No; o: Espera un poco más. Pero siempre me oye.

“ Escucha, oh Jehová, mi oración, y está atento a la voz de mis ruegos.
En el día de mi angustia te llamaré, porque tú me respondes
(Salmo 86:6-7).

El hijo del capitán

Al capitán de un barco de carga se le había permitido llevar consigo a su hijo para que fuera conociendo el mar.

Durante algunos días hubo buen tiempo; pero después se desató una tormenta. El barco era fuertemente sacudido y el ruido de las olas era tan estridente que no dejaba oír nada más.

El capitán había mandado al pequeño que se quedara en su camarote. Un marinero debía cuidarlo y asistirlo.

Cuando terminó la tormenta, el capitán pudo bajar a su camarote. Allí encontró a su hijo muy tranquilo. Parecía que la tempestad no lo hubiera asustado.

—¿No tuviste miedo? —preguntó el capitán a su hijo.

—Oh, no —respondió el chico—. ¿Cómo iba a tener miedo si yo sabía que tú manejabas el timón? ¡Siempre me dijeron que tú eres un buen marino!

Nosotros tendríamos que imitar la confianza de ese pequeño. Cuando haya tempestades en nuestras vidas (enfermedades, pérdida del trabajo, y muchas cosas más) pensemos que nada puede sucedernos si dejamos que Dios, nuestro Padre, se encargue del timón de nuestras vidas.

“ Cambia la tempestad en sosiego... y así los guía al puerto que deseaban. Alaben la misericordia de Jehová (Salmo 107:29-31).

El gigante vencido

En una región de los Estados Unidos hay bosques de árboles enormes, tan altos y fuertes como gigantes. Los vientos más poderosos no consiguen voltearlos. Sin embargo, algunos yacen caídos en el suelo. ¿Qué pudo haberlos derribado?

Hombres muy inteligentes se pusieron a estudiarlos y finalmente descubrieron que esos gigantes habían sido vencidos por unos bichos muy, pero muy pequeños. Durante años esos animales habían ido comiendo poco a poco las raíces, hasta que los gigantes árboles cayeron derrotados. Cuesta creer que animales tan pequeños hayan causado tanto daño.

Lo mismo sucede con nosotros. A veces hay cosas que parecen pequeñas (mentiras, desobedencias, enojos), pero van carcomiendo nuestros corazones, nuestras vidas. ¿No es mejor echar esos bichos antes de que nos hagan más daño? Si no lo conseguimos por nosotros mismos, entonces, ¿por qué no pedir a Dios que nos ayude?

“ Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas; porque nuestras viñas están en cierne (Cantar de los Cantares 2:15).

No temas

Una señora estaba en el hospital. Tenía una enfermedad grave y debía ser operada. Para darse valor se puso a buscar en la Biblia todos los textos que dicen “no temas”. En ese momento pasó el médico quien al día siguiente debía realizar la operación. Se paró junto a la cama de la paciente y preguntó:

–¿Qué está leyendo usted, señora?

–La Biblia, doctor. Y le mostró el pasaje de Josué 1:5: “No te dejaré, ni te desampararé”.

–¡Ah! –dijo él– usted busca algo que le dé valor. No tema, todo irá bien.

–En realidad no tengo miedo –contestó ella–, pero necesito la confianza que me da Dios, mi Padre.

–Quizás usted tenga razón. Yo también quisiera creer en Dios como lo hacía antes. Pero tenga valor; la operación saldrá bien.

Al siguiente día, mientras dormía por la anestesia, la señora empezó a cantar el coro «Quédate conmigo, Señor». Todos los que participaban de la operación se sintieron muy impresionados, y especialmente el médico quien, pocos días después, se acercó a la paciente y le dijo:

–¡Todo va muy bien, querida señora! Necesito decirle que, gracias a usted, volví a creer en Dios y en su Palabra.

“

Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos (Salmo 46:1-2).

¿Conoces el camino al cielo?

La lluvia era muy fuerte. En la ciudad todo parecía triste. Los autos iban despacio para no patinar. Las personas caminaban ligero, pues querían llegar pronto a sus casas. Un hombre cruzaba la calle a grandes pasos. De repente sintió que alguien le tiraba de la manga. Se dio vuelta y vio que dos ojos grandes y serios lo miraban fijamente.

–¿Qué deseas? –le preguntó mientras metía la mano en su bolsillo para darle algunas monedas.

–Señor –contestó ella–, ¿puede usted indicarme el camino al cielo?

–¿El camino para ir adónde? –preguntó el hombre, asombrado.

–Me gustaría saber cuál es el camino para ir al cielo –repitió la niña.

–¿Y para qué quieres saberlo?

–Cuando murió mi papá –explicó la pequeña–, él me dijo que iba al cielo, y ahora yo no recuerdo el camino. Solo sé que él me dijo: Lisa, busca el camino al cielo y entonces nos encontrarás a mamá y a mí.

Era una pregunta rara, pero muy importante. Qué suerte para esa niña haber encontrado a alguien que podía indicarle el único camino para ir al cielo. El hombre era un verdadero cristiano. Por eso, con mucha alegría en su corazón, habló del Señor Jesús a la pequeña.

Con palabras sencillas le explicó que el verdadero camino para ir al cielo es el Señor Jesús, quien vino del cielo para morir en la cruz y así salvar a los pecadores. También le dijo que andamos por ese camino cuando seguimos al Señor Jesús.

La niña escuchó con mucha atención y abrió su corazón al amor de Dios y del Salvador. Dio las gracias al hombre que le había dado tan buena noticia y se fue corriendo. Este la siguió con la mirada y oró en su corazón para que el buen Pastor cuidara a ese cordero hasta el día en que Él lo hiciera entrar en la casa del Padre. Allí hay muchas moradas para que quienes aman al Señor Jesús estén con el Señor para siempre.

Muchos chicos y chicas conocen al buen Pastor que tiene un corazón lleno de amor. Ellos creen en el Señor Jesús quien murió para salvarlos y le han pedido que los limpiara de sus pecados. Así encontraron el camino al cielo. ¿Y tú?

“

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí
(Juan 14:6).

Si es un niño...

Francisco de Asís era un hombre famoso. Cierta día, por estar muy ocupado con un trabajo importante, le dijo a uno de sus amigos que nadie debía molestarlo. Incluso, si algún sabio deseaba verle, debía volver otro día. Después de haber dado esas órdenes, Francisco se quedó pensando y agregó: –Pero... si es un niño, llámame.

Eso hace pensar en el Señor Jesús. Él también ama mucho a los niños. Una vez, cuando sus discípulos querían alejarlos para que no lo molestasen, él les dijo: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis” (Lucas 18:16). Él los tomaba en sus brazos, ponía las manos sobre ellos y los bendecía.

Hoy el Señor Jesús todavía es el mismo. Tiene tiempo para ti; si tú vas a él, si le hablas, si oras, él te escuchará pues quiere ayudarte. Él te bendecirá.

“ Jesús les dijo:... De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza (Mateo 21:16).

El silbido y el suspiro

Un campesino, siervo de Dios, había ahorrado algún dinero, el cual deseaba repartir entre los pobres. Cuando llegó el día previsto para ello, salió a caballo en dirección a la ciudad vecina en donde quería entregar su ayuda a algunas familias necesitadas. El camino pasaba por un bosque oscuro a través del cual el aldeano proseguía su marcha tranquilamente. De repente, un hombre grande y fuerte saltó delante de él, tomó las riendas del caballo y le ordenó que le entregara todo el dinero que llevaba. El creyente quedó muy asustado. ¿Qué debía hacer?, ya que no deseaba entregar su dinero en manos del bandido. En su corazón oró:

–Señor, tú sabes que yo había preparado este dinero para darlo en tu nombre. Ayúdame.

–¡Y bien! ¿dónde está el dinero? –dijo el bandido con voz amenazadora–. A lo mejor quieres defenderte. Te aviso que puedo dar un silbido y diez hombres vendrán a ayudarme.

–Y yo –respondió el campesino– puedo dar un suspiro para que el Señor mande miles de ángeles que no te dejen hacerme daño.

El ladrón, asustado, huyó a toda prisa. No había pensado en los ángeles enviados por Dios para proteger a sus hijos.

El campesino siguió alegre su camino y dio gracias a Dios por haber oído su suspiro.

“ Los guió con seguridad, de modo que no tuvieran temor; y el mar cubrió a sus enemigos
(Salmo 78:53).

Un monte echado en el mar

En un día muy frío, el propietario de una granja y el arrendatario volvían a sus casas caminando a orillas del mar. Conversaban tan animadamente que ni prestaban atención al fuerte viento que levantaba olas enormes. Hablaban de la Biblia.

–No, señor –decía el campesino–; usted dirá lo que quiera, pero yo no creo todo lo que dice la Biblia. En ella hay cosas que no pueden ser verdad.

–Bueno, vecino, nombre algunas de esas cosas, si puede.

–Pues es muy sencillo –respondió el arrendatario–. En alguna parte está escrito: “Si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho”. Pero hasta un niño sabe que eso no es posible.

–¿Por qué no? Nada es imposible para Dios. Él creó el cielo y la tierra, puede hacer todo lo que quiera.

–Entonces, ¿usted cree que aquella gran duna, por ejemplo, detrás de la cual está edificada mi casa y mi granero, podría ser simplemente echada al mar?

–Seguro –dijo el propietario–. Dios es el rey de toda la tierra. Es el Todopoderoso.

–Entonces, Pruébelo –se burló el campesino–. Usted puede asegurar lo que quiera, pero la duna seguirá estando en su lugar.

–Yo no diré nada. Eso, como está escrito en Marcos 11, solo puede ser real para alguien que no dude sino que tenga una fe grande. La Biblia me prohíbe tentar a Dios.

–En ese caso, yo mismo lo haré. Me divertirá mucho ver cómo la duna cae en el mar.

Y con risa burlona el campesino extendió la mano derecha hacia la duna y exclamó:

–Como usted ve, ese pasaje de la Biblia no es verdad. Pero yo le doy a su monte un plazo de un día; si mañana por la tarde él está en el fondo del mar, me sentiré vencido y creeré todo lo que dice la Biblia, de punta a punta.

El propietario no se rio.

–Tenga cuidado, mi amigo. Uno no se burla de Dios.

El campesino se encogió de hombros y los dos vecinos se separaron.

La tempestad aumentó cada vez más durante la tarde. Pero eso no fue nada comparado con la furia que alcanzó en la noche. Las olas caían sobre la playa con un ruido estridente y la lluvia era una cortina de agua. El campesino estaba contento de hallarse bajo techo con ese tiempo.

A la hora de costumbre se acostó, sin pensar en pedirle a Dios que lo protegiera durante la noche. Poco después dormía profundamente.

En medio de la noche se despertó sobresaltado. Nunca había presenciado semejante tempestad. Era como para quedar sordo. A pesar de esto, todavía no sentía temor por sus cosas. Se decía: Mi casa es fuerte y puede aguantar la tormenta más grande. Pero algunas horas más tarde vio que sus peones venían corriendo y gritando:

—¡Rápido, señor, salga de la casa! La gran duna no resiste; la mitad del pueblo está bajo el agua.

Enseguida salió el aldeano y vio con horror cómo el agua cubría sus animales hasta el pecho.

—Suelten las vacas del establo y échenlas tierra adentro —gritó—. Y tengan los caballos listos para usarlos si es necesario.

Pero ya no era posible escapar. El agua subía cada vez más. El campesino y sus peones se vieron obligados a volver a casa, la cual estaba edificada en un terreno más alto que el de los establos. Por lo menos ahora estaba de nuevo con su mujer y sus hijos.

La tempestad era más y más violenta. El agua entraba por las puertas y empezaba a inundar el piso bajo. Por eso, entre todos llevaron los mejores muebles al piso alto. De repente, un enorme golpe de viento sacudió la casa; los vidrios volaron en pedazos y el agua se metió por todos lados. Todo tambaleaba y crujía. La casa estaba a punto de hundirse. El campesino parecía clavado en su lugar por el terror, su cara estaba blanca de miedo. Al fin, desesperado, exclamó:

—¡Estamos perdidos!

Sin una palabra, su mujer abrazó a sus dos hijos como para protegerlos. La hija menor miró al padre, luego a la madre y, cuando otro golpe de viento sacudió la casa, exclamó:

—¡Papá, es necesario orar! La oración ayuda.

Ella fue la primera en pensar en Dios.

—Sí, tiene razón —agregó la madre. Dios dijo: “Invócame en el día de la angustia; te libraré”.

–Eso es todo lo que pido –dijo el padre. Su corazón duro se había deshecho. Con los ojos llenos de lágrimas suplicó:

–Señor Dios, sálvanos, no por mí, sino por amor a mis hijos.

La noche de amargura llegó a su fin. Cuando aclaró y el campesino pudo salir ¿qué vio? La gran duna, objeto señalado para burlarse, había desaparecido. Las olas la habían deshecho y el mar la tragó. También casi todo el granero había desaparecido; solo quedaba el techo, el cual fue arrastrado hasta que se apoyó fuertemente contra la casa y sirvió de pared para aguantar el empuje del agua.

Todo eso conmovió grandemente el alma del campesino. Se echó de rodillas y, sollozando, dijo con voz entrecortada:

–¡Oh, Dios, tú eres todopoderoso y lleno de gracia! Perdona mis pecados y enséñame, desde hoy, a creer en ti y en tu Palabra.

“ Es hombre y... no puede contender con Aquel que es más poderoso que él (Eclesiastés 6:10).

Yo lo hice

Iba a empezar la clase de lectura para los chicos de tercer grado, cuando la maestra notó cierta agitación en las últimas filas.

–¿Qué pasa, Pedro? –preguntó ella–. El niño se levantó muy nervioso y respondió:

–Alguien tomó mi lápiz nuevo.

Esa misma mañana todos los chicos habían admirado el lápiz que Pedro había recibido de su tía. Era el lápiz más lindo que ellos conocían. Por fuera era plateado, en lo más alto tenía una bola con un trozo de vidrio dentro. Ese pedacito de vidrio era lo más hermoso. Si uno cerraba un ojo y miraba de muy cerca con el otro, podía ver fotografías muy pequeñas pero claras. Pedro había guardado el lápiz en su estuche verde y lo había puesto sobre sus libros. Y ahora... ¡no estaba!

La maestra preguntó a cada uno de sus alumnos si habían tomado el lápiz. Todos dijeron que no. Pero era necesario aclarar el asunto, así que volverían a hablar de eso antes de la salida.

Durante el recreo, la maestra contó lo sucedido al director. Por eso, después de terminadas las clases del día, el director reunió a los alumnos del tercer grado y les dijo:

–Pedro no encuentra su lápiz nuevo. Es necesario que aparezca. Si alguno de ustedes lo tomó, sé que ya debe estar arrepentido, pero no se atreve a confesarlo. Seguramente no encuentra ningún gusto en tenerlo porque parece que le quemara los dedos. Debe de tener vergüenza y voy a ayudarlo. El que tomó el lápiz puede entregármelo hoy o mañana, y le prometo que no se lo diré a nadie.

Los niños salieron de la escuela bastante tristes, pero al día siguiente casi todos habían olvidado lo ocurrido. Cuando las clases empezaron, el director vio, detrás de la puerta de entrada, un pequeño bulto verde. Lo levantó... ¡era el lápiz! Les contó ese descubrimiento a los chicos del tercer grado:

–Creo que quien tomó el lápiz lo ha lamentado mucho. Quería devolverlo, pero no se animaba. Entonces lo puso detrás de la puerta de entrada, con la esperanza de que alguien lo encontrara, y así el asunto fuera pronto olvidado. Pero ustedes comprenderán que eso no debe ser así. Espero una confesión valiente y verdadera.

La noche de ese mismo día, los hermanos Francisco y Emanuel no podían dormir. Emanuel no hacía más que llorar, mientras Francisco daba vueltas y vueltas en su cama.

–Deja de llorar, Emanuel –dijo Francisco–. Pedro ya tiene su lápiz nuevo. ¿Por qué tendría que decirle al director que yo lo tomé para mirarlo? Yo no quería quedarme con él. ¡Y ahora deja de llorar de una buena vez!

–Es que a mí me gustaría que lo dijeras al director. Estoy seguro de que sería mejor. Si mamá lo supiera, también te diría que lo confesaras sin miedo.

Francisco pensó mucho en eso, hasta que al fin se durmió. A la mañana siguiente ya estaba decidido lo que haría:

–Quédate tranquilo, Emanuel, hoy lo diré todo.

Durante el recreo, Francisco se quedó en el salón de clases, tomó una tiza y escribió en el pizarrón, con letras grandes y claras:

YO LO HICE. FRANCISCO

Así quería confesarlo todo. No solamente al director, sino también a sus compañeros, pues, solo de esta manera se sentiría tranquilo. Cuando todos volvieron al salón, sus miradas se fijaron en lo escrito. Los alumnos sintieron curiosidad por lo que iría a pasar. El director también vio el pizarrón. Entonces miró a Francisco. No estaba enojado; al contrario, en su cara se veía bondad.

–Niños, seguramente todos ustedes han visto lo que está escrito en el pizarrón. Muy bien; ahora cierren los ojos y no los abran hasta que yo haya contado tres. Tengo confianza en que no los abrirán.

El director borró del pizarrón YO LO HICE y dejó solamente FRANCISCO, pero a continuación de este nombre escribió: ES UN BUEN CHICO. Luego contó: Uno, dos, tres. Todos los ojos se abrieron. Cuando leyeron lo escrito, rieron felices.

Enseguida el director dijo: –Quienes estén de acuerdo con lo escrito, levanten su mano. Todos la levantaron... menos uno. Pero este había aprendido una lección que nunca olvidaría en su vida.

“ La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación (2 Corintios 7:10).

El castigo

Un rey, quien quería el bien para su pueblo, deseaba que todos fueran felices y le sirvieran con gusto. Se entristecía al ver que muchos de sus súbditos eran esclavos del opio. Cuando alguien usa esta droga, es muy difícil que ella lo deje en libertad. Esta sustancia va dañando la salud y lleva a sus esclavos a hacer cosas malas con tal de conseguirla. Es peor que tomar bebidas alcohólicas.

El rey se preguntaba qué podría hacer para que esas personas dejaran la droga. Sus consejos no servían para nada. Entonces tuvo una idea: si las palabras dulces no daban resultado, usaría la fuerza; era necesario un castigo ejemplar.

Por eso ordenó que toda persona que usara la droga recibiese treinta latigazos en su espalda desnuda.

Era un terrible castigo que asustaba a la gente. Sin embargo, algunos días más tarde se llevó ante el rey a una persona que había desobedecido la orden; era una anciana. ¡Qué dolor sintió el rey cuando vio que esa anciana era su propia madre! ¿Qué podía hacer ahora? ¿Dejarla en libertad? Eso no sería justo. Si el rey quería ser justo, el castigo debía ser cumplido. Se levantó, pues, un tablado en la plaza de la ciudad y al día siguiente trajeron a la anciana para que recibiera el castigo. Había mucha gente en el lugar; el rey también estaba presente. Cuando el hombre encargado del castigo levantó el brazo con el látigo, el rey exclamó:

—¡Un momento! Y, desnudando su espalda, tomó el lugar de su madre. Él sufrió el castigo, y así su progenitora quedó libre. Desde ese día ella amó aún más a su hijo y nunca volvió a usar la droga.

Tú también, amigo o amiga, eres un esclavo, no de la droga, sino de Satanás. Tú y yo también hicimos cosas que no debíamos, y por eso Dios deberá castigarnos. Hemos pecado, y Dios odia el pecado. Pero no nos odia a nosotros. Él nos ama, y no quiere que tengamos que sufrir el castigo. Mas Dios es justo, y el castigo debe ser ejecutado. Entonces ¿qué hacer? Dios halló la forma en que pudiéramos ser librados del castigo. Como el rey de nuestra historia, Dios encontró una solución: dio a su Hijo único para que ocupara nuestro lugar. El Señor Jesús vino a la tierra, pagó en la cruz el castigo que nosotros merecíamos, murió, resucitó después de tres días y subió al cielo, donde está junto a su Padre. Por su sufrimiento y su muerte podemos ser librados de la condenación si confesamos nuestros pecados y le pedimos que nos perdone. Él te dirá entonces:

Yo sufrí el castigo por ti; ahora eres libre. Ya no estás bajo la esclavitud de Satanás. ¡Qué mensaje más importante para ti! Elige pues la buena parte: el Señor Jesús. Ve a él con tus pecados. Él te los perdonará.

“ Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados
(Isaías 53:5).

Huir

Un día caminaba yo por la calle del mercado. Al pasar frente a la frutería vi a un niño de siete u ocho años de edad que estaba parado ante un cajón de hermosas manzanas, las cuales devoraba con los ojos. Sigilosamente observó a todos lados, se apercibió de que nadie lo veía y tomó rápidamente una manzana. Pero no salió corriendo. Se quedó parado, mirando la fruta que había tomado. Después empezó a caminar, mas enseguida se detuvo y volvió a la frutería. Quería devolver la manzana, pero dudaba y no la ponía de nuevo en el cajón. Había una lucha en su corazón: ¿Se quedaría con la deliciosa manzana o la devolvería? Al fin puso la fruta en su lugar y se fue corriendo a toda velocidad. El pequeño había vencido la tentación de quedarse con algo que le gustaba mucho pero que no era suyo.

En nuestra vida muchas veces somos tentados por el mal. Si nos quedamos parados, preguntándonos si lo hacemos o no, corremos el peligro de hacerlo. Será mejor que huyamos de la tentación, sin dudar. ¡Qué alegría sentiremos por no haber hecho algo que entristece al Señor!

Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas

“

(1 Timoteo 6:11).

Confianza

Hay muchas cosas que pueden hacernos sentir miedo; por ejemplo, quedarnos solos sin nadie que nos cuide, ir a un lugar que no conocemos; ¡y cuántas cosas más! Eso me recuerda la siguiente historia:

Hace años hubo una guerra muy grande. La ciudad de Londres, como muchas otras, era bombardeada por aviones enemigos. Había demasiado peligro para quienes vivían allí. Por eso el rey ordenó que todos los niños de la ciudad fueran llevados a otros sitios donde estarían más seguros. A menudo salían trenes llenos de niños que dejaban la ciudad. Sus padres los traían y los hacían subir al tren, pero no podían ir con ellos.

Dos hermanos –niño y niña– fueron llevados por sus padres a la estación del ferrocarril. Les buscaron asientos en el tren y los besaron para despedirse. La niña, muy asustada, temblaba y lloraba; pero su hermano, tomándola de la mano, le dijo:

–¡No llores!

–No sé adónde vamos –respondió ella.

–No importa –agregó el niño–; el rey sabe adónde nos lleva.

¡Qué confianza! ¡Qué seguridad!

Esta actitud del niño era parecida a la que sentía David cuando dijo: “Jehová es mi pastor; nada me faltará”. Él conocía el poder y el amor del Señor, quien era su Pastor. Por eso pudo confiar en él.

Si tú eres un cordero de ese Pastor, confía en él. Te cuidará siempre y te guiará para que estés seguro.

“ Jehová es mi pastor; nada me faltará
(Salmo 23:1).

La cabeza de pescado

Billy iba camino a su casa, recordando lo que había oído en la escuela dominical. El Señor Jesús no tenía dinero, pero quería pagar el impuesto que las autoridades exigían de él y de Pedro, su discípulo. Por lo tanto, Jesús dijo a Pedro que echara el anzuelo al mar y que en la boca del primer pez que sacara encontraría una moneda con la cual podría pagar la suma requerida.

Billy era hijo de una viuda muy pobre quien no tenía suficiente dinero para pagar sus gastos. Por eso Billy pensó que, si Jesús había hecho aquello por Pedro, también podía hacerlo por su mamá. El niño oró para pedir eso al Señor; luego tomó sus pocos ahorros y fue a la pescadería. Allí pidió un pescado, ¡uno grande!

–Pero –le dijo el vendedor– un pescado grande cuesta más de lo que tienes ahí. Entonces Billy le explicó:

–Lo que realmente quiero es una cabeza. No hace falta todo el cuerpo.

El pescador le entregó, pues, una gran cabeza envuelta en una hoja de periódico.

Al llegar a su casa, el chico, muy entusiasmado, mostró a su madre la compra y le dijo:

–Es para pagar nuestras deudas, como Pedro. Y le contó el relato de Mateo 17:24-27.

Juntos, madre e hijo, abrieron la boca del pescado, pero... ¡no había dinero en ella! Con gran desilusión, Billy se echó en su cama y lloró hasta dormirse.

Mientras tanto, la mamá miraba distraída la hoja del periódico en la que había venido envuelto el pescado. De repente, con sorpresa, vio su nombre en un aviso del diario. Allí se le hacía saber que debía entrevistarse con determinada persona. Cuando fue a verla, esta le entregó una gran suma de dinero, explicándole que un tío suyo había muerto y le había dejado esto como herencia. Al oír Billy esa noticia, exclamó muy alegre:

–Después de todo, el Señor Jesús escuchó mi oración. Si no hubiera sido por la cabeza de pescado, mamá nunca se habría enterado de ese dinero.

Esta historia, que realmente ocurrió en Inglaterra, nos enseña que la oración hecha sin dudar siempre da resultado, aunque no sea de la manera que esperamos.

Pida con fe, no dudando nada

(Santiago 1:6).



El espejo

El padre de Ricardo le había prometido llevarlo al jardín zoológico. Cuando llegó el día señalado, su madre lo bañó bien y le puso la mejor ropa que tenía, la de pasear. Mientras esperaba a su papá, Ricardo se entretuvo jugando en el jardín. Claro, como te podrás imaginar, al rato estaba bastante sucio. Cuando su papá llegó y lo vio, le pidió que se bañara de nuevo y cambiara su ropa. Pero Ricardo no era del parecer que tenía necesidad de volver a lavarse, tanto más que eso no le gustaba. Además, estaba muy contento con su ropa de pasear y no quería cambiarla por otra.

Su papá no discutió con él; sencillamente lo alzó en brazos y lo llevó frente a un espejo. Cuando Ricardo se vio no supo qué decir; el espejo le mostraba su suciedad. Sin embargo, no la remedia-
ba. Era necesaria otra cosa que lo limpiara.

La Palabra de Dios, la Biblia, también nos muestra, como ese espejo, nuestra suciedad, o sea las cosas malas que hacemos; pero la Biblia hace más que el espejo. Nos enseña cómo lavarnos para quedar más blancos que la nieve. Ella dice que debemos creer que Jesús murió en la cruz para lavarnos de nuestros pecados con su sangre.

“ Jesús... Aquel que nos ama, y nos ha lavado de nuestros pecados en su
misma sangre
(Apocalipsis 1:5, V. M.).

Seguridad

El tren llegó a una pequeña estación. Allí, un niño de unos seis años de edad subió al vagón donde yo estaba. El tren siguió su marcha. El chico, muy alegre, sentado junto a la ventanilla, contemplaba la hermosura del paisaje.

Me extrañaba ver que el niño estaba solo y que nadie lo había acompañado ni despedido en la estación. Por eso le pregunté:

—¿Has viajado otras veces en tren?

—Sí, por supuesto— fue la respuesta.

Seguimos conversando y me dijo que se llamaba Harry.

Después de un buen rato de viaje, el tren pasó por dos puentes muy altos, luego por un túnel largo y oscuro. Pero Harry no tenía miedo. Tampoco se inquietó cuando llegó la noche. Entonces le pregunté:

—Dime, Harry, ¿no tienes miedo de hacer solo este viaje tan largo?

—¿Tener miedo? ¿Por qué tendría miedo si mi papá es el maquinista? Él lo sabe todo y conoce cada estación, cada curva, cada cuesta. Ahora el tren parará una vez más, luego bajaremos y llegaremos a casa.

Nosotros también estamos haciendo algo así como un viaje que dura toda nuestra vida. Si creemos en Dios, él es nuestro Padre, un Padre que lo conoce todo y que puede cuidarnos durante ese viaje, hasta que llegemos a nuestra casa en el cielo. Sabemos que en sus manos estamos seguros.

“ Dijo Jesús: En la casa de mi Padre muchas moradas hay...; voy, pues, a preparar lugar para vosotros (Juan 14:2).

Perdidos en la nieve

Había caído mucha nieve. Dos niños y su maestra subieron, pues, a lo alto de la montaña para patinar en un pequeño trineo. Mientras hacían el último descenso, se iba haciendo de noche. De repente el trineo se les escapó de las manos y siguió bajando solo hasta chocar contra un árbol. Tenían que ir a buscarlo, en tanto que la oscuridad avanzaba. Después de haber recuperado el pequeño trineo, se apresuraron a emprender el camino de vuelta al hogar. Ya todo se había hecho solitario y, en la lejanía, una tras otra se encendían las luces de una aldea. ¿Cuándo llegarían a ella?

El frío era muy intenso. Las piernas se cansaban, y el silencio era abrumador. La montaña, tan hermosa con el sol brillante, se había vuelto opresiva. La maestra sabía que estaban en gran peligro, pues podían morir de frío. Sentía ganas de llorar, pero se contenía para evitar que los niños se asustaran más. Solo en su corazón ella rogaba a Dios que los ayudase.

Como los chicos estaban muy cansados, le pidieron a la maestra que descansaran un rato junto a un árbol grande. Allí el mayor de los niños dijo: –Escúchenme: debemos orar al Señor Jesús para que nos mande ayuda.

Entonces allí, en el silencio de la noche, en medio de la nieve y el frío, una fervorosa oración subió a Dios.

En la aldea, los padres de los niños estaban muy preocupados. La madre ocultaba su angustia, mientras que el padre no hacía más que mirar por la ventana hacia la montaña. Pensaba en lo que dice la Palabra de Dios: “Alzaré mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra” (Salmo 121:1-2).

Dios oyó la oración de los que se dirigieron a él y respondió. Unos esquiadores ingleses regresaban a la aldea. Uno de ellos propuso a sus compañeros que, en vez de ir por la pista acostumbrada, fueran por el camino de abajo. Todos estuvieron de acuerdo.

De repente, en una curva vieron una sorprendente escena: en la nieve, dos niños tomados de la mano oraban. Sus caras reflejaban la angustia por la que pasaban. Los esquiadores se acercaron, se quitaron las bufandas y otras ropas para envolver a los niños que tiritaban de frío. Luego, los pusieron en sus espaldas y animaron a la maestra a ponerse en marcha hacia la aldea. Una hora más tarde, los chicos estaban sanos y salvos en brazos de sus padres. Del corazón de todos subían a Dios las gracias por su ayuda.

Los esquiadores ingleses también eran cristianos. Uno de ellos fue misionero en la India durante mucho tiempo. En cuanto a los niños, comprendieron más tarde que sus vidas habían sido salvadas para que hablaran a otras personas del Señor Jesús, quien contesta la oración de los que le invocan.

“

Y ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti... Oye mi oración, oh Señor
(Salmo 39:7, 12).

Mirar el lado bueno

Dos niñas jugaban con una pelota de plástico. Pero el viento no las dejaba divertirse a gusto porque les desviaba el balón. Entonces Nelly, enojada, dijo:

–Si Dios no enviara el viento podríamos jugar tranquilas.

–No, Nelly– le hizo ver su hermana Susy. Dios envía el viento para que seque la ropa que mamá lavó y que tanto necesitamos.

Ese día la mamá había lavado un montón de ropa, la que estaba casi seca gracias al viento. Por eso Susy había pensado que el viento era útil.

A veces Dios permite que te pasen cosas que te molestan: perdiste algo que querías mucho; te mudaste de barrio y ya no ves a quienes eran tus amigos; estuviste muy enfermo. Todo eso se parece al viento de nuestra historia. Pero ¿pensaste que Dios permitió que te ocurriera todo eso porque te ama y quiere algo mejor para ti? Tal vez lo que perdiste podría haberte causado algún daño; los amigos que tenías quizá no te convenían; cuando te curaste de tu grave enfermedad a lo mejor te diste cuenta de que el Señor Jesús siempre te cuida.

Ten confianza en él, aunque te parezca que el viento sopla en contra tuya.

Dad gracias a Dios en todo



(1 Tesalonicenses 5:18).

Antes burro que sacerdote

Don Juan estaba en la sala leyendo el periódico cuando, de repente, entró su hijo Federico de cuatro años de edad, llorando amargamente.

–Federico ¿qué te pasa? –preguntó el padre muy sorprendido.

–Papi, no quiero ser más el sacerdote.

Como don Juan no entendía, pidió que el niño le explicara lo que quería decir. Entonces se enteró de que los chicos estaban jugando al «buen samaritano» (leer Lucas 10:25-37). Julia representaba al hombre que cayó en manos de ladrones; Pablo era el levita; Lidia, el buen samaritano; Pancho, el mesonero y Fabián el burro que había servido para cargar al herido hasta el mesón. Federico debía ser, como siempre, el sacerdote que pasaba de largo sin preocuparse por el herido. Al final, ese «y a mí qué me importa» le resultaba tan feo que prefería representar más bien al burro, porque al menos este había sido útil para llevar al herido al mesón.

¡Cuántas veces hacemos nosotros también como el sacerdote! ¿no es cierto? En vez de dar la mano a quien necesita nuestra ayuda, pasamos de largo. ¡Qué egoístas podemos ser! Quiera Dios que aprendamos del Señor Jesús, el verdadero Buen Samaritano. Él iba entre los pecadores con las manos llenas de amor para hacer bien a quienes lo necesitaban.

¿Cómo podemos parecernos a él? El Señor Jesús antes de irse al cielo nos dejó dos cosas muy importantes: la oración y su Palabra. Aunque todavía seas pequeño, puedes orar para el bien de otros y crecer en el conocimiento de la Palabra para usarla cuando sea necesario.

Los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras



(Tito 3:8).

Nunca hay que mentir

Hace muchos, muchos años Fritz Oberlin, un siervo del Señor, era conocido como excelente maestro. Cierta vez llevó a vivir en su casa a una niña, quien había perdido a sus padres por ser enemigos del gobierno.

Oberlin le enseñaba a portarse bien y a tener valor para decir siempre la verdad, a cualquier precio. Le mostraba como ejemplo al Señor Jesús, quien delante de sus acusadores siempre dijo la verdad. Jesús mismo declaró: “Yo soy el camino, y la verdad” (Juan 14:6).

Una mañana, muy temprano, unos soldados del gobierno golpearon a la puerta de Oberlin y le dijeron:

–Tenemos orden de buscar a la hija de N., muerto como enemigo del nuevo gobierno. Dinos si ella está aquí y no revisaremos tu casa.

Oberlin sabía que al contestar «sí», se llevarían a la niña y ella moriría como sus padres; pero tampoco quería decir «no», porque eso habría sido una mentira. Entonces dijo:

–Cumplan su deber. ¡Busquen!

Pero, dentro de sí Oberlin dijo al Señor con todo su corazón: «Hice lo que debía. Ahora, Señor, tú que puedes hacerlo todo, haz lo que deseas».

La búsqueda empezó por el sótano, siguió luego por las habitaciones; las abrían y buscaban en todos los rincones. Solo faltaba revisar el pequeño cuarto del piso alto, el que era usado por la niña. La puerta estaba completamente abierta. Los soldados le echaron un vistazo al pasar, pero no entraron. ¿Qué había pasado?

La niña, al oír los pasos de los soldados cuando subían la escalera, se había escondido detrás de la puerta pues aún no había terminado de vestirse. Ella no sabía que la buscaban. Al finalizar la infructuosa búsqueda, los soldados se fueron. La huérfana se había salvado sin que Oberlin hubiera tenido que mentir.

Dios afirma la confianza de los suyos y oye sus oraciones. Le gusta que ellos digan siempre la verdad.

He aquí, tú amas la verdad

(Salmo 51:6).



La oración en el supermercado

En algunos supermercados hay restaurantes en los cuales los clientes se sirven ellos mismos. En uno de esos comedores, una mujer fue hasta las fuentes de comida, sirvió tres platos y se los llevó a sus hijos, quienes ocupaban una mesa en medio del salón. Luego volvió para servirse su propia comida. Entonces su pequeña hija le gritó:

–Mami, ¿debemos orar aquí también?

Los clientes de las otras mesas dejaron de conversar y, con curiosidad, dirigieron sus miradas hacia la madre. Cuando ella sintió que todos la miraban, sus mejillas se pusieron rojas de vergüenza. Sin embargo, después de dudar un momento, respondió afirmativamente con la cabeza. Los niños entendieron la señal y oraron en silencio, con las manos juntas, antes de comer.

La mamá se preguntaba para sus adentros: –¿Por qué me molestó lo que sucedió? ¿Tuve miedo a la burla? ¿Ese temor fue más grande que mi amor al Señor? ¿Me cuesta tanto mostrar que soy Su hija? Entonces tomó su bandeja, se sentó a la mesa, juntó las manos y dio las gracias a Dios por esa comida. Y, aunque notó que la gente la miraba, no se ruborizó. Pensó: –Si no hubiese sido por mis hijos, seguramente habría juntado mis manos a escondidas bajo la mesa o ni siquiera habría orado. Por mis hijos tuve que aprender a mostrar también aquí, que siempre soy una hija de Dios.

“ El que da... pan al que come, proveerá... ¡Gracias a Dios por su don inefable!
(2 Corintios 9:10, 15).